

# ENTRE INDIFERENTES , INCRÉDULOS, ANGUSTIADOS Y CÍNICOS.

## ALGUNOS DISCURSOS ALREDEDOR DE LA PANDEMIA

---

Wilmar Hernán Reyes Sevillano\*

<https://orcid.org/0000-0002-7255-696X>

*La angustia y el miedo se encuentran en estrecho contacto con las situaciones de ballarse amparado y de quedar repentinamente expuesto a lo vasto de lo desconocido*

Gadamer

**Los tiempos de crisis desnudan la naturaleza** de las representaciones sociales construidas a propósito de los diferentes fenómenos que animan la cotidianidad. Los imaginarios respecto a la salud y la enfermedad no escapan a la interrogación, de hecho, es normal que en medio de una crisis como la actual, debido al COVID-19, ambas sean interpeladas no solo en su dimensión más objetiva, referente a los servicios sanitarios y los procesos burocráticos

---

\* Universidad Cooperativa de Colombia. Cali, Colombia.

✉ [wilmarreyes215@yahoo.es](mailto:wilmarreyes215@yahoo.es) // [wilmarh.reyes@campusucc.edu.co](mailto:wilmarh.reyes@campusucc.edu.co)

### Cita este capítulo:

Reyes Sevillano, W. Entre indiferentes, incrédulos, angustiados y cínicos. Algunos discursos alrededor de la pandemia. En: Orejuela Gómez, J.; Castaño González, F.; Quintero Torres, J.; Reyes Sevillano, W.; Patiño Torres, J.; Moncayo Quevedo, J. & Loaiza Mejía, A. (2020). *Reimaginar el futuro pospandemia*. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali. pp. 56-67.

que entrañan, sino, además, en lo que atañe a estas como experiencias de orden subjetivo.

La diada salud-enfermedad históricamente ha constituido un escenario de tensión entre los individuos y la estructura social de la que son parte, pues enfermar, por ejemplo, supone una experiencia individual, en tanto se padece en el cuerpo, y también colectiva; bien porque el cuerpo es un constructo social y no solo un conjunto de órganos; bien porque limita las posibilidades de encuentro con los otros en los distintos escenarios de la vida cotidiana. A propósito, lo que nos muestra la actual pandemia es que la preocupación por la salud nunca había sido tan íntima, tan individual, pero tampoco tan pública y colectiva como ahora.

La pandemia nos pone frente a diferentes formas de la subjetividad: algunos son *incrédulos* y consideran falsa la existencia del virus y sostienen que todo es un complot orquestado desde algunas potencias mundiales con el fin de reducir la población y establecer un nuevo orden; otros son *indiferentes*, y sostienen que *de algo se tienen que morir* y que no hay que hacer un drama de una *simple gripa*, entonces, van por ahí sin usar tapabocas, procurando vivir una vida normal y señalando a quienes se *mueren del miedo* y siguen las recomendaciones del gobierno... Sin embargo, la misma crisis nos enseña que el grueso de la población mundial hoy la constituyen sujetos desconfiados y temerosos que usan tapabocas y guantes e intentan mantener la mal llamada *distancia social*, puesto que el otro se ha vuelto representante de riesgo. Todos somos portadores del virus hasta que se demuestre lo contrario –cuestión imposible sin la cura–, por ello es un imperativo mantener y reforzar la distancia física. El cuerpo dejó de ser el puente que vincula y pasó a ser una suerte de cápsula protectora y protegida. Se teme a la presencia física del otro, pero también se teme al cuerpo propio, y cualquier síntoma que pueda asociarse, aunque sea mínimamente al COVID-19, es productor de angustia e incertidumbre. Sabemos que el cuerpo condensa la tensión entre individuo y sociedad, dos conceptos

que, como bien explica Elias “pueden distinguirse, pero no separarse [...] [ya que] el desarrollo de la posición social que representa el desenvolvimiento social global al que esta pertenece, influye en el progreso personal de quien la detenta” (2016, p. 42). En otras palabras, el desarrollo personal está estrechamente relacionado a la posición social ocupada (como también lo explican Freud y Bourdieu). Lo que nos remite de manera inexorable al lugar preponderante de la clase social en lo referente a la experiencia de la salud. La clase social de origen dota de significado el cuerpo y, en consecuencia, nutre la relación hombre-salud/enfermedad.

Se teme a la presencia física del otro, pero también se teme al cuerpo propio, y cualquier síntoma que pueda asociarse, aunque sea mínimamente al COVID-19, es productor de angustia e incertidumbre.

En los sectores populares, por ejemplo, el cuerpo funge como herramienta de trabajo, se precisa fuerte y resistente, no se piensa mucho en él, simplemente se espera que mantenga su funcionalidad y reporte beneficios. En las clases privilegiadas, en cambio, la relación con el cuerpo es otra, pues se reflexiona constantemente sobre su estado, su imagen y su cuidado, ahí no es visto como una herramienta dado que el trabajo suele ser más intelectual que físico. No obstante, y más allá de las diferencias entre clases,<sup>1</sup> sabemos que pocas veces se piensa tanto en el cuerpo como cuando se está enfermo o en peligro de estarlo. Es probable que nunca se haya pensado tanto en las manos y en su aseo como ahora. Saludar de mano, abrazar o besar a otro dejó de ser un acto prerreflexivo y naturalizado para pasar a ser un acto dotado de plena conciencia e incluso cargado de angustia. Hoy miramos con desconfianza, e incluso asco, la mano

---

1 Cuestión perfectamente ilustrada por Boltanski (2004) en *As classes sociais e o corpo*.

que pretende estrecharnos. En sociedades como la nuestra donde los límites entre los cuerpos prácticamente no existen –pues es común tocar, abrazar y besar incluso a personas poco cercanas afectivamente–, el distanciamiento es vivido con alto grado de malestar. El contacto se teme, pero se anhela, ya que su imposibilidad refrenda la anormalidad del momento, la crisis y la incertidumbre. Desde la pandemia, el cuerpo propio y el de los otros ha cambiado de estatus, la intersubjetividad se instala en otro escenario en el que aun el rostro, carta de presentación ante los demás por excelencia, queda reducido a la sola mirada (debido al uso del tapabocas) y, en consecuencia, disminuido en su expresión, casi reportando un aplanamiento afectivo inherente. Hasta los más cercanos parecen extraños... sí, abunda la extrañeza de lo propio. Bien lo explica Le Breton al afirmar que “cuando la dimensión simbólica se retira del cuerpo, lo único que queda de él es un conjunto de engranajes, una disposición técnica de funciones sustituibles unas por otras” (2006, p. 218). Esto indica que los cuerpos están sometidos a nuevas lógicas de sentido que minan la intensidad y la calidad del vínculo. Ahora bien, el encuentro no solo se problematiza por el riesgo visto en el otro, también se dificulta por la constante sanción social, por el señalamiento de aquellos que sí cumplen las normas de aislamiento y en razón de ello se autoproclaman veedores de las buenas formas de ser, hacer y conducirse durante la cuarentena... y sí, ello entraña una práctica de solidaridad y hasta responsabilidad social, pero innegablemente también supone un ejercicio moralista y moralizador fastidioso que, además, redundante en la negación de las condiciones –objetivas y subjetivas– del otro. En las relaciones sociales siempre hay fracturas, y no me refiero a los malos entendidos propios de toda relación intersubjetiva atravesada por el lenguaje que el psicoanálisis bien supo explicar, sino a las dicotomías operantes en el marco de la estructura social, a los binarismos clasificatorios que establecen posiciones para los sujetos. Estos binarismos hacen suponer a unos que son mejores que otros básicamente por cumplir alguna norma o seguir algunas prácticas particulares.

Ahora bien, incluso en medio de los límites al cuerpo, se erigen posicionamientos subjetivos que apuntan a la resistencia. Las dificultades que han mostrado los habitantes de algunas ciudades para seguir las normativas de la cuarentena son muestra de ello, ilustran lo indomeñable que puede resultar la subjetividad. En Cali (Colombia), por ejemplo, algunos sectores y grupos sociales se han presentado como incontrolables, como sectores en los que la ley, como norma jurídica, tiene escaso poder y, en ocasiones, no tiene lugar. Son zonas donde prima la ley simbólica, ley incorporada en *habitus de clase*<sup>2</sup> que los sujetos despliegan de forma prerreflexiva y que sustenta y justifica, en tanto profusa de sentido, los quehaceres y prácticas cotidianas.

Durante la cuarentena, en los primeros días de mayo circuló por las redes sociales un video en el que una mujer negra de unos treinta y cinco años, un poco ebria, grita desde el balcón de su casa que ella, su familia y los habitantes de su barrio, han sido olvidados por el gobierno y que por ello consume licor:

Nos morimos de hambre y tenemos que tomar [licor] para matar las penas porque a nosotros lo que nos falta es comprensión, cariño. Eso es lo que falta en este Mariano Ramos [el barrio]. ¡Cariño, respeto! El gobierno prometiendo por el televisor [alocuciones presidenciales] y a la final no hay ni verga. Esto es lo que hay presidente: Fuck you men [grita mientras enseña el dedo medio].

Este discurso tan controversial, como muchos otros alrededor de la cuarentena y la pandemia, generó particular repudio entre los conciudadanos, de hecho, en el video mismo se escucha a un hombre que, ante los reclamos de esta mujer responde: *coma ron*, aludiendo al hambre que ella manifiesta tener y, por supuesto, dejando ver su inconformidad con estas conductas. Este hombre se siente moralmente superior, por ello asume que puede sancionar

---

2 Por supuesto esta es una referencia a la obra de Bourdieu, particularmente al sentido práctico [1980].

a los *desadaptados irresponsables que no acatan órdenes*. Él, que además no aparece en cámara, me recuerda la policía del pensamiento de la que habla Orwell en “1984”, pues parece un veedor de las exigencias del gobierno frente a la cuarentena y un juez implacable que olvida la condición humana del otro en tanto la anula como sujeto o simplemente la reduce al imperativo de alcohólica, un imperativo por demás estigmatizante. Por lo visto, la angustia conduce a algunos a desear un “gran hermano”, a clamar la presencia absoluta –y obscena– del Estado y el gobierno para exigir y garantizar el buen comportamiento de los desadaptados y para mantener la energía represiva propia de los que cumplen, por ello el afán de que la ciudad sea militarizada, aun sabiendo el peligro inherente. Sí, lo que se pide, en el fondo, es la represión del deseo propio porque el dique (auto)impuesto se debilita cada vez más, y los discursos romantizados dirigidos a pacificar durante el encierro empiezan a carecer de valor; ya no es suficiente pensar que “nos volveremos a abrazar” o que “saldremos juntos de esta”. En medio de la crisis empieza a demandarse la normalidad perdida, aun con los malestares que implica. Los rituales que con cierta tozudez pretendimos emular en la virtualidad ya resultan agotadores, pues el ritual demanda la presencia física y, en ocasiones, el contacto, y no solo la imagen. Paradójicamente los dispositivos y rituales diseñados para tramitar la angustia empiezan a devenir angustiados.

Pero retomemos... ¿Por qué la conducta y el discurso de esta mujer producen tanto malestar? ¿No es incoherente que se espere y se le exija a esta mujer algo diferente a lo que históricamente se le ha endilgado? Lo que yo veo es a una mujer que muestra completa coherencia entre su proceder, el lugar que ocupa en la estructura social y lo que se espera de ella; pues se dice que los negros son bullosos, y ella grita; se dice que los pobres no saben administrar el dinero, y ella lo (mal)gasta en licor; se dice que los pobres quieren todo regalado y ella

reclama las ayudas del gobierno,<sup>3</sup> se dice que en los sectores populares no se acatan las normas, y ella las rompe. Entonces lo que está haciendo esta mujer es cumplir con el rol social que le ha sido asignado e impuesto.

El problema es que, dada la coyuntura por la pandemia, a los marginados se les exige que cambien, que dejen de responder a su *esencia* históricamente impuesta, pero no por su propio beneficio, sino en favor de los otros. En favor de los *bienportados* que necesitan que su contraparte se ciña a las normas favoreciendo así que todo vuelva a la normalidad, a la normalidad de las diferencias y la desigualdad. Esto lo resume una de las frases de batalla de las tantas de moda por estos días: “juntos venceremos el coronavirus”, frase que remite a una idea de unión momentánea y casi utilitarista que terminará, *cuando todo esto pase*, en el retorno de la indiferencia de siempre, la ya naturalizada. Después de la cuarentena los reclamos de esta mujer serán desoídos de nuevo, ya su conducta no molestará porque no se necesita que la regule y porque ella seguirá confinada en su barrio, *ya los marginados no molestarán a los establecidos*. El pedido de unión y solidaridad no configura un acto altruista, es un acto egoísta pero consecuente con lo socialmente instaurado y, en ese orden de ideas, es también una postura ética.

La mujer enojada retrata otra cara de la cuarentena, por ello su discurso está lejos de ser despreciable. Cuando dice *nos morimos de hambre*, se queja con vehemencia frente al olvido del Estado, pero también dirige una queja a la sociedad en sí. El olvido que refiere no se reduce al tiempo de la cuarentena, sino que remite al olvido histórico de un sector, una raza y una población a la que solo se dirige la mirada en tanto pueda servir a los intereses económicos y políticos de los privilegiados.

---

3 Por supuesto, tales ayudas no son regaladas, de hecho, es deber del gobierno suplir las necesidades de los individuos en tiempos de crisis. Sin embargo, para los privilegiados, estos son regalos que el gobierno le da a los “atenidos”.

A propósito del olvido, ella sostiene que toma para “olvidar las penas”; el licor es su paliativo, con él tramita la angustia y el displacer que le representa la cotidianidad. En su manifestación también grita que lo que necesita su *maldito barrio es cariño, amor y respeto...* Lacan afirmó en alguna parte que toda demanda es demanda de amor, pero ella, además, pide respeto, de hecho, lo exige, y su exigencia tiene lugar, pues en su ser se concentran quizás las tres características que mayor desventaja reportan en las relaciones sociales: ser mujer, ser negra y ser pobre, y es desde ahí desde donde habla, es ese su posicionamiento subjetivo respecto al mundo. Es por ello que en su discurso se evidencia la rabia, el dolor y el sufrimiento de quien padece la violencia simbólica proveniente de los discursos que la señalan y discriminan dejándola prácticamente sin más opción que resistir, cosa que ella ha sabido hacer.

El acto cierra con un mensaje al presidente: “Eso es lo que hay. Fuck you, men”, grita la mujer mientras enseña su dedo medio. Básicamente lo manda a la “mierda”, pero ¿qué quiere decir con esto? ¿Qué es lo que hay? Lo que hay es pobreza, marginalidad y pocas oportunidades, lo que hay es lo que históricamente se ha producido y reproducido: desigualdad. La desdicha de una mujer cansada pero que resiste da cuenta de algunas de las más comunes representaciones que, respecto al cuerpo, la salud y la enfermedad se configuran en los sectores populares: el cuerpo es sufriente pero resistente, entonces no tiene derecho a dañarse; la salud es un privilegio, un estado al que se le demanda poco y que se valora a partir del silencio de los órganos, y enfermar es un *lujo* que los sujetos de las clases populares, asumen, no pueden darse.

Entonces, la escena en cuestión es representativa de una postura *estética* evidentemente ligada al placer efímero que producen el licor y la rumba – anudada a las pasiones del momento, diría Kierkegaard—. Sin embargo, la misma escena denota la postura *ética* de un sujeto de derecho que se reconoce



en tanto tal, que es consciente de su posición en el mundo y que desde ese lugar se hace cargo de sí.

El gobierno, por su parte, tiene otro discurso. La vicepresidenta, durante una entrevista para un canal nacional, manifiesta:

Esta pandemia no nos puede dejar igual cuando salimos que cuando entramos. Nos tiene que hacer tomar conciencia de la solidaridad, de la responsabilidad que tenemos con todos, pero también obviamente la responsabilidad como sociedad. Es que esto acá no es atendidos a lo que haga el gobierno por cada uno de nosotros. ¿Qué hacemos nosotros para que el país progrese? ¿Qué hacemos para que nuestros trabajadores tengan mejores condiciones? Yo digo una cosa, francamente: necesitamos que los trabajadores hoy valoren sus empresas más que nunca. Agradezcan la bendición de tener un trabajo formal, unas prestaciones, una seguridad social.

Esta intervención causó conmoción en varios sectores del país, molestó mucho a parte de la opinión pública, en especial por su llamado a *no ser atendidos* al gobierno. Sin embargo, más allá de la aparentemente desafortunada intervención, lo que la política muestra es la concepción del gobierno respecto a sus gobernados. En un gobierno de extrema derecha es común y esperable que se asuma que quienes necesitan y esperan alguna ayuda sean vistos como *atendidos que quieren todo regalado*. Este discurso ha calado entre sus simpatizantes, quienes repiten estas consignas desobligantes incluso cuando muchos de ellos mismos soportan gran cantidad de desventajas sociales, económicas y laborales. Así, el gobierno aprovecha la fragmentación política evidente del país para promover en la población prácticas saludables, pero sin ofrecer los recursos necesarios para que esto suceda en medio de la crisis sanitaria. Por ello se apela a la responsabilidad y la solidaridad como estatutos

fundamentales, es una forma de establecer un escenario dicotómico entre los responsables y los irresponsables, para, a partir de ahí, incentivar la presión social entre los mismos sujetos, para que el grupo regule a sus miembros a partir de la sanción y la vergüenza.

La vicepresidenta afirma también que los empleados deben valorar sus empresas. Hasta ahí no queda muy claro a qué se refiere ni que entiende por valorar, pero no es difícil interpretar que lo que quiere decir es que es una fortuna tener un empleo en nuestro país; literalmente dice que es una *bendición* y hay que agradecerlo, más aún si en la condición de empleabilidad se tienen las prestaciones sociales correspondientes. Ahí cabe preguntarse: ¿de verdad hay que agradecer el hecho contar con un empleo digno y que cumpla con las exigencias y prebendas legales? ¿Acaso eso no es algo que un gobierno debe garantizar? En fin, no termina de sorprender el cinismo de los gobernantes, cinismo que en tiempos de crisis parece exacerbarse.

## **A MODO DE CIERRE**

Antes manifesté que la salud nunca había sido un fenómeno tan colectivo como lo es hoy. A lo que me refiero es a que, dado el carácter mundial del fenómeno, nunca habíamos estado en una condición tan vulnerable y que no discrimina grupos, individuos, ni poblaciones. Con el coronavirus todos los lugares representan riesgo y las prácticas más inofensivas devienen peligrosas y productoras de malestar e incertidumbre. Actualmente se cuestiona la salud en tanto estado, y se teme más que nunca a la enfermedad. El silencio de los órganos, que siempre había sido pacificador, evidencia de salud y estabilidad física, ahora es completamente insuficiente. Ya no hay certezas respecto a si se es saludable o no, pues no se teme solo enfermar, sino, además, contagiar a los otros. Es una responsabilidad de todos y de nadie, siempre pesada, siempre angustiante.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) desde 1948 nos ha dicho que la salud es el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solo la ausencia de enfermedad. Una suerte de nirvana inalcanzable en tanto inexistente. En esta definición de salud se supone posible domeñar la subjetividad hasta el punto de eliminar el displacer y se asume lo social como un escenario pleno y sin tribulaciones en el que reina la consistencia. En ese orden de ideas, el coronavirus cuestiona toda una institución y pone en tela de juicio un imaginario que, más allá de su inoperancia, está consolidado como punto de partida del discurso médico hegemónico actual. Hoy los representantes de la biomedicina han tenido que apelar a diferentes discursos que doten de sentido esta experiencia de la salud y la enfermedad. Ahora saben que muchos de los significantes antes producidos se han vuelto obsoletos y no alcanzan a cumplir su cometido, por ello insisten en la importancia de que la gente desarrolle conductas de autocuidado y de cuidado de los demás. Quien no lo haga es un irresponsable que atenta contra la salud pública. Sí, la ideología de culpar a la víctima de la que habló Crawford en 1977 sigue tan vigente como entonces y, al igual que en aquel momento, toma fuerza justo cuando la medicina se muestra incompetente frente a una patología y se ve desbordada por un fenómeno.

El estatuto del médico es otro a partir de esta crisis; para unos es un héroe que arriesga su vida en pro de la de los demás, pero para otros es una suerte de *virus ambulante* al que se le deben vituperios, amenazas y hasta agresiones. La pandemia humanizó a los médicos al cuestionar su omnipotencia. Habrá que ver si esto redundará en la humanización que tanto se demanda a los servicios de salud y sus prestadores.

Sería bonito entonces, pensar que después del COVID-19 nos encontraremos con un mundo cuyos sujetos cuestionan las desigualdades. Un mundo en el que las clases medias, reconocidas, entre otras, por su arribismo, comprendan que el lugar de privilegio que ostentan es más imaginado que real, y que la brecha que les distancia de las clases altas es mayor que la que les separa de

las clases populares o bajas. En este nuevo escenario, los *clases medieras* reconocerían que, como sostiene Bourdieu, son *una fracción dominada de la clase dominante*. Más dominados que dominantes, claro está, pues la crisis nos ha enseñado que la desigualdad no está tan desigualmente distribuida como hasta hace poco pensábamos, y que de ahora en adelante será cada vez más evidente, pues para el grueso de la población el capital simbólico que ostentan será insuficiente en la tarea de alcanzar la posición social anhelada.

La pandemia humanizó a los médicos al cuestionar su omnipotencia. Habrá que ver si esto redundará en la humanización que tanto se demanda a los servicios de salud y sus prestadores.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Crawford, R. (1977). You are dangerous to you health: the ideology and politics of victim blaming. *The International Journal of Health Services*. 7(4), pp. 663-689.

Elias, N. (2012). *La sociedad cortesana*. México, D. F.: FCE.

Gadamer, H. (2001). *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa.

Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva visión.

Orwell, G. (2013). *1984*. Bogotá: Debolsillo.